



Apetito por la destrucción

Por América Luna Martínez

En 1987, el grupo de rock Guns N' Roses marcó su debut con una exitosa producción discográfica denominada *Apetito por la destrucción*. El sugerente título de la colección musical era en muchos sentidos signo de los tiempos y enunciación premonitória de la espiral sangrienta en la que México se sumiría en los primeros años del nuevo siglo.

Al tiempo que la ola de secuestros, desapariciones, feminicidios, tráfico de personas para diversos fines se incrementó exponencialmente, algunas protestas sociales adquirieron un explicable tono iracundo por las omisiones y corrupción en la impartición de justicia. Aquí y allá, núcleos de activistas destruyen y agreden monumentos históricos o edificios como una forma de exigir diversas reivindicaciones sociales y políticas, pero cuya efectividad se autolimita porque obedecen al espontaneísmo y, por lo general, carecen de estrategias de lucha a largo plazo. Estas manifestaciones extremas confirman la preocupación expresada por Judith Butler a propósito de las guerras culturales efectuadas en las redes sociales y otros medios de comunicación; la filósofa estadounidense señala: “Creo que vivimos



en tiempos anti-intelectuales, y que esto es evidente en todo el espectro político. La rapidez de los medios de comunicación social permite formas de virulencia que no apoyan exactamente el debate reflexivo” (Ferber, 2020).

En efecto, el debate reflexivo ha sido sustituido por el linchamiento en las redes sociales, cuyas derivas se expresan en violentas protestas callejeras “contra el sistema” sin que en muchos casos se haya desarrollado un manifiesto o programa de lucha que explique sus posicionamientos político-ideológicos. Con frecuencia se presentan encapuchados o portando la máscara de Guy Fawkes, popularizada por la película *Con V de Venganza*,¹ reconociendo expresamente la importancia de dicho *film* en su performatividad.

Por lo anterior, es indispensable detenernos en el contenido de esta película que ha tenido una notoria influencia en varias generaciones desde su presentación planetaria a partir de 2005, año en que se estrenó.

La historia, del escritor y guionista de novela gráfica Alan Moore,² se desarrolla en una hipotética Inglaterra totalitaria e inicia con una exaltación

¹ Dirigida por James Mac Teigue en 2005, con Natalie Portman, Hugo Weaving, Stephen Rea.

² Historia premiada con el British Eagle Award en 1983.



a las actividades terroristas realizada por el personaje enmascarado, quien prepara un atentado para recordar a otro solitario “activista”: Guy Fawkes, quien en el siglo XVII intentó destruir el Parlamento inglés, porque lo consideraba un símbolo de la tiranía.³ Los primeros minutos de la película son importantes, constituyen un prólogo a partir del cual se pretende justificar actos terroristas individuales contra el sistema para vengarse y destruirlo.

Cabe destacar cómo desde el inicio se pondera la importancia de la venganza, invocando, muy de paso, el problema de la justicia. Seguidamente, la narrativa se ubica en la época contemporánea, en la que aparece una hermosa joven de la clase trabajadora (lo sabemos por lo modesto de su vivienda) arreglándose para salir. Al hacerlo, transgrede el toque de queda

y unos “peculiares vigilantes de la dictadura”, que dicen tener la función de que se cumpla la orden estatal, la agreden e intentan violar, pero hace su aparición un misterioso enmascarado bigotón que logra salvarla y la traslada a su guarida. Después hay un atentado orquestado por el enmascarado autonombrado V (Hugo Weaving) contra un importante monumento histórico, del cual es testigo la joven rescatada.

Al día siguiente, Evey Hammond (Natalie Portman), la protagonista, asume su condición subordinada con resignación, así no protesta cuando su jefe la acosa y le ordena preparar café. En los siguientes minutos ocurrirá la toma de la televisora donde Evey trabaja, por el solitario enmascarado, quien desafiante anuncia que hará volar el Parlamento el siguiente 5 de noviembre. El inesperado y subversivo anuncio provoca una cierta sacudida entre los telespectadores, acostumbrados a las noticias falsas emitidas

por el gobierno, en franca analogía orweliana.

En la toma de la empresa televisora, V está a punto de ser apresado, pero gracias a la intervención oportuna de Evey, que rocía con gas al detective Eric Finch (Stephen Rea), puede escapar, aunque queda herida, lo que sella el destino de ambos.

Evey es llevada por V a su escondite y, obligada por las circunstancias (la persecución de la policía), se queda a vivir con él cierto tiempo. En tanto, el detective Finch y su asistente investigan el caso y, poco a poco, descubren que varios años antes el gobierno inglés fue responsable de propagar un virus en una escuela donde asistía el hermano de Evey, y de envenenar el agua, responsabilizando de tales atentados a una “amenaza externa”. Tal crisis le sirvió a la dictadura para legitimarse⁴ y para hacer

³ De acuerdo con una nota tomada de la BBC (Reino Unido): “¿Quién fue Guy Fawkes, el hombre que los ingleses queman todos los 5 de noviembre?” Se informa que Fawkes es considerado uno de los villanos más importantes de la historia británica, de ahí que su efígie se incinere en la fecha señalada.

⁴ Esta estrategia servía al aparato estatal para incrementar medidas de control sobre los gobernados, esgrimiendo la necesidad de estar unidos ante el enemigo, y para legitimarse en el poder. Esta narrativa totalitaria fue ampliamente desarrollada por George Orwell en su novela 1984.



Humanidades

negocios con la vacuna para controlar el virus inoculado deliberadamente. El detective logra estos hallazgos gracias a que se propone indagar la identidad de V, y sigue la pista de la prisión Lukehill, misteriosamente desaparecida por sus tratamientos especiales contra los prisioneros, donde pronto descubrirá que se hacían experimentos con los detenidos, en clara réplica a los realizados por Mengele en la Alemania nazi.

En paralelo, V se propone eliminar a todos los involucrados en los horrores perpetrados en Lukehill, de la cual él sobrevivió gracias a su particular genética. Entre los carceleros abusivos está un obispo con aficiones pederastas, por lo cual V envía a Evey como carnada. En el exitoso atentado, Evey escapa del control de V sobre ella y logra llegar a casa de su exjefe, Gordon Deitrich (Stephen Fry), quien le revela su condición de homosexual de clóset, ya que la “disidencia sexual” en la dictadura está prohibida y es perseguida. De modo que no es de extrañar que días después lleguen grupos paramilitares a detenerlo a su casa, lo cual obliga a Evey a huir, pero es apresada.

La película es interesante porque mueve a la audiencia a simpatizar con las actividades terroristas con un fin de venganza justificada invocando un supuesto anarquismo, donde, por ejemplo, se ignora la posición que con respecto al tema desarrolla Piotr Kropotkin, uno de los principales teóricos de esta corriente política y social: “Afirmamos que la venganza no constituye un fin en sí mismo; a fe de que no lo es, pero si es humana y todas las revueltas habidas y por haber continuarán ostentando ese rango... Personalmente detesto estas explosiones, pero no puedo adoptar la actitud de un juez para condenar a los que son víctimas de la desesperación... Una sola cosa es cierta, y es que la venganza no debe elevarse a la categoría de doctrina. Nadie tiene el derecho de incitar a otros a vengarse, pero si el que siente en su carne todo este infierno comete un acto de desesperación, que le juzguen los que son iguales, los que con él soportan la carga de sufrimientos del paria” (Citado por Miró, 1969: 65).

Ciertamente, al cine como negocio y entretenimiento no le interesa promover el debate y la reflexión, sino ideas preconcebidas. En tal sentido, la narrativa fílmica es realmente efectiva por la combinación de imágenes, música e historia, así como por las intertextualidades, algunas expresas como la manifiesta en la versión cinematográfica de *El conde de Montecristo*, cuyo personaje central (Edmundo Dantès) también es motivado por la venganza y usa un atuendo especial. V, por ejemplo, porta una capa negra, usa máscara sobre un rostro



presuntamente mutilado, al igual que el cuerpo, y utiliza rosas rojas como su firma, lo que remite al *Fantasma de la ópera*.⁵

En cuanto a las heroínas de los relatos comentados, los personajes difieren. Evey cae prisionera y es sometida a brutales torturas para que revele todo lo que sabe sobre el enmascarado. Los antecedentes familiares de la joven, así como sus vínculos con V, la hacen particularmente vulnerable. Sus padres, además de ser intelectuales, habían sido activistas contra la dictadura a raíz de que su otro hijo murió a causa de la propagación del virus en la escuela donde asistía, por lo cual fueron desaparecidos cuando ella tenía cuatro años y la pequeña trasladada a un orfanato. Por estos antecedentes, no es de extrañar la crueldad con que la someten: la joven es rapada, confinada en una

⁵ Novela escrita por Gastón Leroux, publicada en marzo de 1910, de gran popularidad; ha sido adaptada al cine y al teatro con gran éxito.

celda con luz tenue, apenas alimentada y torturada reiteradamente, pero Evey no traiciona al enmascarado. Su estoicismo le da vida, porque como se recordará, quien la había tomado prisionera era el propio V para propinarle un “tratamiento” cuya finalidad era, según “el héroe enmascarado”, eliminar el miedo.

Cabe detenerse en este episodio brutal de la película, ya que es el propio V quien secuestra a la joven, le impone prisión y la tortura, haciéndole pensar que es prisionera del totalitarismo inglés. Y cuando libera a la muchacha y le explica que se trató de un “entrenamiento para eliminar el miedo”, ella se indigna y sale de la casa-prisión donde estuvo secuestrada. El atroz entrenamiento asemeja las prácticas de adiestramiento de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) o de la delincuencia organizada para probar la resistencia al dolor de sus integrantes, quienes por lo general aceptan este condicionamiento por voluntad propia. Posiblemente este abuso extremo pasa desapercibido entre l@s espectadores, pero además de mostrar una violencia inhumana explícita contra la joven, vale decir que es desde luego el modus operandi de los sistemas totalitarios y patriarcales que por medio de la violencia y la agresión controlan a las personas. Cabe preguntarse por qué los creadores de la historia dibujaron una protagonista femenina y no uno masculino.

Quizá porque era más oportuno cerrar la película con un correlato “romántico”, donde la joven torturada se enamora de su carcelero y torturador,

en esta versión posmoderna del síndrome de Estocolmo. La narrativa que corresponde a una pedagogía misógina de la crueldad, como ha formulado Rita Laura Segato, en la cual se inculca, entre otros códigos, el “valor” del amor a las mujeres, un amor que todo lo soporta, todo lo sufre.

Como era previsible, el acto terrorista de destruir el Parlamento inglés se cumple en los primeros minutos del 5 de noviembre. Gracias a la magia del cine se satisface nuestro apetito por la destrucción y nos alegramos de que se haya logrado la venganza contra ¿el sistema, la monarquía, la dictadura? Así, colmados por la venganza como espectáculo, no nos preguntamos nunca por qué V tenía tantos recursos económicos y tecnológicos para urdir un atentado de tal magnitud. Sin duda, la intención es ponderar el individualismo, desconocer la importancia de la organización social de la disidencia, más allá de convocatorias televisivas o por redes sociales, y atribuir a la genialidad o perversidad de un individuo el poder de vulnerar las instituciones sociales. Esta invisibilización de los procesos colectivos que buscan reivindicaciones diversas en torno a la justicia social es deliberada e intenta abonar a la idea neoliberal del “fin de

la historia”. Amén de reforzar la idea de subordinación, como en el caso de Evey, muchas mujeres encuentran su lugar en el mundo gracias a que se los muestra un varón, un dañado varón.

En fin, la película es un parteaguas que en nombre de un pseudoanarquismo aplaude los actos terroristas y que ha difundido la idea, entre algun@s jóvenes, de que sólo con la violencia irracional que expresa odio e intolerancia es posible vulnerar el orden establecido. Como universitari@s, es imperativo revertir estas tendencias antintelectuales a través de debates y discusiones académicas, a partir de las cuales podamos elaborar intervenciones políticas efectivas y transformadoras, y de esta manera sea posible refrendar el postulado de José Martí: “Ser cultos para ser libres”. 

Referencias

- Ferber, Alona en Calderón, M. (2020). “Judith Butler sobre las guerras culturales, JK Rowling y vivir en tiempos anti-intelectuales. Entrevista para *New Statesman* por Alona Ferber”, en Calderón 094. *Un blog de crítica cultural*. <<https://calderon094.wordpress.com/2020/09/23/judith-butler-sobre-las-guerras-culturales-jk-rowling-y-vivir-en-tiempos-anti-intelectuales/>>
- Miró, Fidel (1969). *El anarquismo. Los estudiantes y la revolución*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Moore, Alan y David Lloyd (2000). *V de Vendetta*. <<https://todocomics.home.blog/2020/04/02/megapost-v-de-vendetta-dc-comics-pdf-online/>>.



América Luna Martínez es doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, maestra en Estudios Latinoamericanos por la UAEM y socióloga por la UNAM. Es investigadora y profesora de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Publica e imparte conferencias y talleres sobre género, cultura, cine y literatura.

